

magnífica impresion de la magestad de Dios se descubren ahí ideas tan altas de los misterios de Jesucristo, un amor tan vivo del pueblo que ha rescatado con su sangre, un cuadro tan consolador de sus victorias y de su reino, cantos tan maravillosos para celebrar sus grandezas, que quisiera uno arrebatarlas al cielo y á la tierra. El maestro se ha revelado en él al discípulo; para comprender al primero, es preciso tener el amor del segundo. Vuelto á Efeso, Juan se aplicó á las funciones de su ministerio; repetia sin cesar estas palabras tan conmovedoras que le dictaban su corazon y su caridad: *Hijos míos, amaos los unos á los otros; este es el precepto del Señor, y si lo cumplis, ésto basta.* Admirable poder del amor que reasume el sacerdote católico y la ley toda. Juan es el eco del amor que resuena eternamente en la Iglesia. Su muerte, como la de María, fué un éxtasis, un sueño de amor, que del tiempo los trasportó dulcemente al reino de su comun maestro y amigo: semejantes al sol que cuando por la tarde ha pasado lentamente de uno al otro hemisferio, desaparece á nuestros ojos para ir á alumbrar más allá de lo mares al otro mundo que los espera.

CAPITULO IV.

LA PRIMITIVA IGLESIA.—SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Un grande espectáculo nos presenta la iglesia naciente. Cuando todo estaba consumado, y el sacerdote descendia de la cima del Gólgota, como Moises de la cúspide del Sinaí, radiante de fé, de esperanza y de amor, se lanza al traves de las sombras del paganismo, con la cruz en la mano, esparciendo aquí y acullá los tesoros de luz y de virtud. Su primera predicacion la hizo en presencia de los delegados de todas las naciones, el aire libre, y á fin de que los cua-

tro vientos la llevasen hasta las extremidades de la tierra. Todos indistintamente oyeron la palabra vibrante del sacerdote, los Partos, los Medos, los Elemitas los habitantes de la Mesopotamia, los de la Judea y Capadocia, del Ponto, Asia, Frigia y Panfilia, los de Egipto, la Livia y los extrangeros venidos de Roma, judíos y prosélitos (1) «Hombres de la Judea, «exclamó Pedro, y vosotros todos los que habitais Jerusalem, considerad y prestad vuestro oido á mis palabras. Ved lo que fué dicho por el profeta Joel: acontecerá en los postreros dias, dice el Señor, que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos é hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. Derramaré en aquellos dias mi espíritu sobre mis siervos y mis siervas, y profetizarán, y haré aparecer prodigios en el cielo y milagros en la tierra, sangre, fuego y columna de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que llegue el dia del Señor. Y acontecerá que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. Varones de Israel; escuchad

(1) Paganos que se convierten al judaismo.

«estas palabras: A Jesus Nazareno, varon aprobado por Dios entre vosotros, con virtudes y prodigios y señales que Dios obró por él, en medio de vosotros, como lo sabeis, á Este, por determinado consejo y presencia divina, lo matasteis crucificándolo, por manos de malvados; pero Dios lo ha resucitado disolviendo los dolores de la muerte, porque era imposible que fuera detenido por ella. . . . porque David no subió á los cielos, y con todo dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por tarima á tus piés, y sepa toda la casa de Israel que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesus á quien vosotros crucificasteis. Oidas estas cosas, se compungieron y digieron á Pedro, y á los demas apóstoles: ¿qué harémos? Y Pedro les respondió: Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo; porque para vosotros es la promesa y para vuestros hijos, y para todos los que están léjos, y á cuantos llamare á sí el Señor; y con otras muchas razones los exhortaba, diciéndoles: salvaos de esta generacion depravada. «Los que recibieron su palabra fueron bautizados, y llegaron al número de tres mil. Perse-

«veraban en la doctrina de los Apóstoles, en la «comunicacion de la fraccion del pan y en la «oracion. Y todos tenian temor, y los Apóstoles hacian muchos prodigios, en Jerusalem, y «los que creian estaban unidos y tenian todas «las cosas en comun, y vendian sus posesiones «y haciendas, y las repartian á todos, conforme «á la necesidad de cada uno. Diariamente per- «servaban unánimes en el templo, repartiendo «el pan por las casas, tomando la comida con «alegría y sencillez de corazon, elevando á Dios, «y grangeándose el amor del pueblo. Todos los «días aumentaba el Señor el número de los que «en esta asamblea se debian salvar.» (1) La historia de aquellos tiempos era una escena de la edad de oro.

El apostolado comienza. Juan predica á la Asia Menor, Andres á los Seytas, Tomás á los Partos, Felipe á la Alta Asia, Bartolomé á las Indias, Matías á la Etiopía, Simon á Persia. La persecucion se enciende, se levantan los cadaveros la sangre corre y comienza una guerra espantosa: no excusa ni la edad ni el sexo; las plazas públicas, las calles, los caminos, los campos, y

(1) Hechos de los Ap. c. 2 v. 14 á 47.

hasta los lugares más desiertos se cubren de cadáveres, de instrumentos de tortura, de caballetes, de hogueras; por doquiera se goza en la agonía y en la muerte de los inocentes que se degüellan, al horrisono grito de: *los cristianos á los leones*, salta de gozo la multitud ávida de sangre.

Pero las crueldades más refinadas, de nada sirven; mejor es un atractivo: los mártires se multiplican á medida que son segados, su sangre es la semilla de los cristianos. A esta primera persecucion política de los emperadores contra la religion, otra nueva se le junta no menos encarnizada, y tan terrible como la primera, la persecucion del error contra la verdad. Celso, Porfirio, Volusiano, emplean todas sus astucias, sus genios y sutilezas para destruir la doctrina de la cruz. El sacerdote católico no se intimida por esta nueva lucha. Orígenes, Justino y Tertuliano elevan su voz para evidenciar su conducta y su creencia. Escuchad al tercero, cómo presenta ante los emperadores á los cristianos, á quienes defiende de las calumnias con que se les acriminaba.

«Unidos por los vínculos de una misma fé,
«de una misma moral, no formamos más que un
«cuerpo. Nos reunimos para orar á Dios, forma-

"mos una santa conjuracion para hacerle violen-
 "cia á que nos vea con bondad: le pedimos por los
 "emperadores, por sus ministros, por todos los
 "poderes de la tierra, por el estado presente del
 "mundo. Nos reunimos para leer las Escritu-
 "ras, de las que sacamos, segun las circunstan-
 "cias, las luces y advertencias de que tenemos
 "necesidad. Esta santa palabra aviva nuestra
 "fé, alienta nuestra esperanza, sostiene nuestra
 "confianza, nos une más y más en nuestra cre-
 "encia, inculcándonos el precepto Nues-
 "tras comidas, llamadas *agapes*, de una palabra
 "griega, que significa caridad, son comunes y
 "honestas: todo está ahí arreglado por la reli-
 "gion; no se permiten ni bajezas, ni inmodes-
 "tias: no se sienta á la mesa, sino despues de
 "haber orado. Se come, solo para satisfacer el
 "hambre; se bebe, como entre gentes que pro-
 "fesán la castidad; se satisfacen, creyendo que
 "van á postrarse aquella noche ante Dios; se
 "conversa, sabiendo que Dios nos escucha. Des-
 "pues que se han lavado las manos, y que se
 "han encendido las antorchas, se invita á cantar
 "á Dios sus alabanzas que se toman de la Escrí-
 "tura; por esto se verá lo que se ha bebido.
 "Concluida la cena, se comienza la oracion, se
 "sale de allí, no para cometer desórdenes, ni de-

"cir insolencias, ni fraguar crímenes, sino con
 "modestia y pudor; se sale de una escuela de
 "virtudes y no de un banquete.

Tales eran los primeros cristianos: y este ad-
 mirable bosquejo, de una vida toda consagrada
 á la gloria de Jesus, lo terminaremos, por esta
 bella página de San Justino. "Los discípulos de
 Jesucristo, son á los pueblos, á los que la Pro-
 videncia los envia, lo que el alma es el cuer-
 po que dirige y que inspira, porque los cris-
 tianos trabajan en esclarecer á las naciones que
 los que inspira, como el alma trabaja en con-
 servar y purificar el cuerpo que la tiene cau-
 tiva. Son la luz del mundo, la parte subli-
 me de la humanidad; solo piden á la tierra la
 vida del cuerpo, y toda su ambicion la po-
 nen en el cielo; obedecen á las leyes estable-
 cidas, y las exceden por la santidad de sus cos-
 tumbres. Todos los hombres los persiguen, y
 ellos aman á sus perseguidores, ellos correspon-
 den siempre con bendiciones á sus ultrajes. Cua-
 dro sublime de caridad y grandeza: cuan admi-
 eres, oh primera página de mi religion! Dichos-
 sos, tres veces dichosos los hombres si las pasio-
 nes no les impidieran admirarte, y sobre todo,
 comprenderte!

La voz del sacerdote ha repercutido, y ya el mundo cambia su faz; los verdugos fatigados abandonan sus víctimas; el hacha se escapa de sus manos; á vista de esta nueva escena, espantadas y bamboleándose caen, y luego desaparecen los dioses del paganismo, y seguido de tan infame cortejo, de que la habia rodeado la antigua y ridícula supersticion, el viejo Júpiter abandona el capitolio á Nuestro Señor Jesucristo. Vénus deja su lugar al pudor, Juno á la caridad, Diana á la oracion, Neptuno rompe su tridente y deja el imperio de los mares al soplo de Dios; nada resiste al génio del sacerdote. Con razon se dijo entónces que en aquel momento supremo se habia oido una voz exclamar: *los dioses se fueron*, sus templos los aplastaron por todas partes, como á la ignorancia que los levantó, y los últimos suspiros del paganismo moribundo, proclamaron el triunfo del sacerdocio católico.

Sacerdote de la nueva ley, yo te saludo; tu mision es sublime; yo veo que todo lo atraes á tí: que con tus dos brazos tocas á las estremidades del mundo para abrazar y confundir en un mismo amor á la humanidad entera; tu frente está adórnada de una corona de donde se esparcen rayos de luz; tus ojos resplancen con las

glorias del Señor, la fuerza de Dios te precede; y vosotras oh montañas, abatid vuestras cimas; rios, suspended vuestro curso; vientos, contened vuestro soplo. ¡Hossana al que viene en nombre de Dios!

Dos personajes dominan la época que acabamos de trazar. Pedro y Pablo. Pedro gefe del apostolado, depositario de las llaves del cielo, columna de la iglesia, base del inmortal edificio. el Abraham del cristianismo. Llegado á Roma para poner los fundamentos de su nuevo imperio, es clavado en la cruz, boca abajo. Pablo el Seráfico, milagrosamente convertido, evangeliza á Efeso, á Grecia, la Provenza y las dos Españas.

«Un dia, pues, que todos los atenienses y extranjeros que permanecian en Aténas, se ocupaban en decir ó escuchar noticias, Pablo de pié ante el Areópago, dijo: (1) Atenienses: me parece que en todo sois hasta supersticiosos, porque pasando y viendo las estatuas de vuestros dioses he encontrado un altar en que estaba escrito: *Al Dios desconocido*. Este Dios, pues, que adorais sin conocer, es el que yo os

(1) Hechos de los Apóstoles, c. 19 v. 24.

«anuncio; el Dios que ha hecho el mundo; el Señor del cielo y de la tierra, y que no habita en los templos contruidos por los hombres, que no es servido por manos de hombres, como si necesitase de alguna cosa, pues El mismo da la vida á todos, así como la respiracion de un solo hombre ha hecho nacer á todo el linaje humano, para habitar sobre la faz de la tierra, determinando el tiempo de la duracion de los pueblos y los términos de su habitacion, para que busasen á Dios; si por venturalo pudiesen tocar ó hallar, aunque no está léjos de cada uno de nosotros. Porque en El vivimos y nos movemos, y somos; y como dijo uno de vuestros poetas; somos los hijos del mismo Dios, y pues que somos hijos de Dios, no debemos creer que la Divinidad sea semejante al oro ó á la plata, ó á las piedras preciosas que han tomado figura por industria del hombre. Y Dios irritado contra aquellos tiempos de ignorancia, anuncia ahora á los hombres que ha fijado un dia en el que ha de juzgar al mundo, segun la justicia, por Aquel que ha destinado para ser el juez, confirmando la fé de todos, resucitándole de entre los muertos.»

Cuando los atenienses oyeron estas palabras, la resurreccion de los muertos, algunos se bur-

laron y otros dijeron, te oiremos en otra ocasion sobre esto. Entónces se retiró Pablo de entre ellos; pero algunos le creyeron, entre los cuales se cuenta á Dionisio Areopagita y á una muger llamada Damaris y á otros varios.

Cuando cumplió su mision, cubierta con tanta gloria, dió su sangre por aquel que la habia dado primero por él. Se le cortó la cabeza. La mano que fué á herir á estos dos sacerdotes, dió tambien el último golpe al paganismo. Pequeño y débil en su nacimiento, el sacerdote se habia convertido en un gigante por la tempestad; nada podia ya sustraerse en lo sucesivo á su mirada; ciencias, literatura y artes, el sacerdote iba á abrazarlo todo y marchar por do quier el primero. Esto demuestra la historia.